

Las CRÓNICAS de
NARNIA

C. S. LEWIS

El sobrino del mago



Narnia..., un lugar por el que deambulan Bestias Parlantes..., donde aguarda una bruja. Dos amigos, víctimas del poder de unos anillos mágicos, son arrojados a otro mundo en el que una malvada hechicera intenta convertirlos en sus esclavos. Pero entonces aparece Aslan y con su canción va hilando el tejido de un nuevo mundo que recibirá el nombre de Narnia.

Para la familia Kilmer

Capítulo 1

La puerta equivocada

Éste es el relato de algo que sucedió hace mucho tiempo, cuando tu abuelo era un niño. Es una historia muy importante porque muestra cómo empezaron todas las idas y venidas entre nuestro mundo y el de Narnia.

En aquellos tiempos Sherlock Holmes vivía aún en la calle Baker y los Bastable buscaban tesoros en Lewisham Road. En aquellos tiempos, los niños tenían que llevar un rígido cuello almidonado a diario, y las escuelas eran por lo general más desagradables que hoy en día. Aunque las comidas eran mejores; y en cuanto a los dulces, ¡no quiero ni contarte lo baratos y deliciosos que eran, porque sólo conseguiría que se te hiciera la boca agua en vano! Y en esa época vivía en Londres una niña llamada Polly Plummer.

La niña vivía en una de las viviendas que, pegadas unas a otras, formaban una larga hilera. Una mañana, mientras estaba en el jardín trasero de su casa, un niño se encaramó desde el jardín de al lado y sacó la cabeza por encima del muro. Polly se sorprendió mucho porque hasta aquel momento no había habido niños en la casa contigua, únicamente el señor Ketterley y la señorita Ketterley, que eran hermanos y solteros, algo mayores ya, y vivían allí juntos. Por ese motivo, la niña alzó la vista, llena de curiosidad. El rostro del niño desconocido estaba mugriento, y no podría haber estado más sucio si el muchacho se hubiera restrega-

do las manos en la tierra, después se hubiera puesto a llorar y a continuación se hubiera secado el rostro con las manos. A decir verdad, aquello era casi exactamente lo que había ocurrido.

—Hola —saludó Polly.

—Hola —respondió él—. ¿Cómo te llamas?

—Polly —dijo ella—. ¿Y tú?

—Digory.

—Vaya, ¡qué nombre más gracioso! —comentó Polly.

—No es ni la mitad de gracioso que Polly —replicó él.

—Sí, sí que lo es —dijo Polly.

—No, no lo es —protestó Digory.

—Por lo menos yo me lavo la cara —dijo Polly—, que es lo que deberías hacer, especialmente después de... —Y allí se detuvo.

Había estado a punto de decir «después de haber lloriqueado», pero pensó que no resultaría muy educado.

—Pues sí que lo he hecho, ¿y qué? —repuso Digory en voz mucho más alta, igual que un niño que se siente tan desgraciado que no le importa quién sepa que ha llorado—. Y también tú llorarías —prosiguió— si hubieras vivido toda tu vida en el campo y hubieras tenido un poni y un río al fondo del jardín, y de repente te hubieran traído a vivir a un agujero repugnante como éste.

—Londres no es un agujero —replicó Polly muy indignada.

Pero el niño estaba demasiado exaltado para prestarle atención y siguió hablando:

—Y si tu padre estuviera en la India..., y hubieras venido a vivir con una tía y un tío que está loco, dime tú a quién le gustaría...; y si el motivo fuera que tienen que cuidar de tu madre... y tu madre estuviera enferma y se fuera a... se fuera a... morir.

En aquel momento su rostro se alteró totalmente, como sucede cuando intentas contener las lágrimas.

—No lo sabía. Lo siento —se disculpó Polly humildemente.

Y a continuación, puesto que apenas sabía qué decir, y también para desviar los pensamientos de Digory hacia temas más alegres, preguntó:

—¿De verdad está loco el señor Ketterley?

—Bueno, o está loco —dijo Digory— o algo raro pasa. Tiene un estudio en el desván y tía Letty dice que no debo subir jamás allí. De entrada, eso ya parece sospechoso, y además hay otra cosa. Siempre que intenta decirme algo a la hora de las comidas, porque jamás habla con mi tía, ella siempre lo hace callar, diciendo: «No molestes al niño, Andrew», o «Estoy segura de que Digory no quiere oír hablar de eso», o también: «¿Qué te parece, Digory? ¿No te gustaría salir a jugar al jardín?».

—¿Qué clase de cosas intenta decirte?

—No lo sé. Nunca llega a decirme nada. Y todavía hay más. Una noche, mejor dicho, ayer por la noche, cuando pasaba por delante de la escalera que conduce al desván para ir a acostarme, y por cierto, no es que me guste mucho pasar por delante de esa escalera, estoy seguro de que oí un alarido.

—A lo mejor tiene a una esposa loca encerrada ahí arriba.

—Sí, ya lo he pensado.

—O quizá es falsificador de billetes.

—O tal vez de joven fuera pirata, como el que sale al principio de *La isla del tesoro*, y ahora se viera obligado a esconderse de sus antiguos camaradas.

—¡Qué emoción! —exclamó Polly—. No sabía que tu casa fuera tan interesante.

—Quizá tú la encuentres interesante —refunfuñó él—, pero no te gustaría si tuvieras que dormir allí. ¿Qué te parecería permanecer despierta en la cama mientras oyes los pasos del tío Andrew avanzando sigilosamente por el pasillo hacia tu habitación? Y tiene unos ojos horribles.

Así fue como Polly y Digory se conocieron: y puesto que acababan de empezar las vacaciones de verano y ninguno de ellos se iba a la playa aquel año, se veían casi a diario.

Sus aventuras se debieron en gran medida a que fue uno de los veranos más lluviosos y fríos que había habido en muchos años, y eso los obligó a realizar actividades de interior; se las podría llamar «exploraciones caseras». Resulta maravilloso lo mucho que se puede explorar con el cabo de una vela en una casa grande, o en una hilera de casas. Hacía tiempo que Polly había descubierto que si se abría cierta puertecita del desván de su casa se encontraba el depósito de agua y un lugar oscuro detrás de él al que se podía acceder trepando con cuidado. El lugar oscuro era como un túnel largo con una pared de ladrillos a un lado y un tejado inclinado al otro, y en el tejado había pequeños retazos de luz entre las tejas de pizarra. Aquel túnel no tenía suelo: había que pisar de viga en viga, y entre ellas no había más que una capa de yeso. Si la pisabas, ésta cedía y te precipitabas a la habitación situada debajo. En el trozo de túnel que había justo al lado del depósito, Polly había acondicionado la Cueva del Contrabandista, y había subido pedazos de cajas viejas de embalaje y sillas de cocina rotas, y cosas por el estilo, y lo había esparcido todo de una viga a otra para crear un pedazo de suelo. Allí guardaba un cofre que contenía distintos tesoros, un cuento que estaba escribiendo y, por lo general, también unas cuantas manzanas. A menudo había bebido en aquel lugar alguna que otra botella de gaseosa de jengibre, y las botellas viejas contribuían a dar al lugar el aspecto de una cueva de contrabandistas.

A Digory le gustaba bastante la cueva, a pesar de que Polly no le permitía ver el cuento; de todas formas, él estaba más interesado en explorar.

—Oye —le dijo un día—, ¿hasta dónde llega este túnel? Quiero decir, ¿acaba donde termina tu casa?

—No —respondió Polly—, las paredes no llegan hasta el tejado. Sigue adelante. No sé hasta dónde.

—En ese caso podríamos ir de un extremo a otro de toda la hilera de casas.

—¡Pues claro! —asintió ella—. Y ¡espera!

—¿Qué?

—Podríamos «entrar» en las otras casas.

—Sí, ¡y nos encerrarían por ladrones! No, gracias.

—No te pases de listo. Pensaba en la casa situada al otro lado de la tuya.

—¿Qué le pasa?

—Pues que está vacía. Papá dice que ha estado vacía desde que llegamos aquí.

—En ese caso, supongo que deberíamos echarle un vistazo —dijo Digory.

Estaba mucho más entusiasmado de lo que reflejaba su comentario, pues desde luego pensaba, igual que habrías hecho tú, en todas las razones por las que la casa habría permanecido vacía durante tanto tiempo. Lo mismo le sucedía a Polly. Ninguno de los dos mencionó la palabra «encantada», y ambos pensaron que una vez hecha la sugerencia, no podían echarse atrás.

—¿Lo intentamos ahora? —preguntó Digory.

—De acuerdo.

—No tienes por qué hacerlo si no quieres —indicó él.

—Si tú te atreves, yo también —respondió ella.

—¿Cómo sabremos que estamos en la casa que nos interesa?

Decidieron que tendrían que salir al desván y recorrerlo dando pasos tan largos como los que mediaban entre una viga y la siguiente. Eso les daría una idea de cuántas vigas tenía una habitación. Luego calcularían unas cuatro más para el pasillo entre los dos desvanes de la casa de Polly, y a continuación el mismo número que en el desván para la habitación de la criada. La operación les proporcionaría la longitud de la casa. Cuando hubieran recorrido dos veces

aquella distancia habrían llegado al final de la casa de Digory; cualquier puerta que encontraran después de eso los conduciría a un desván de la casa vacía.

—Pero no creo que esté vacía del todo —declaró Digory.

—¿Ah, no?

—Creo que alguien vive allí en secreto, alguien que entra y sale sólo por la noche, con una linterna sorda. Probablemente descubriremos a una banda de criminales peligrosos y obtendremos una recompensa. No tiene sentido que una casa esté vacía tantos años si no es que oculta algún misterio.

—Papá pensaba que la culpa era de los desagües —comentó la niña.

—¡Bah! A los adultos siempre se les ocurren explicaciones aburridas —respondió su compañero.

Ahora que hablaban a la luz del día en el desván, en lugar de a la luz de la vela en la Cueva del Contrabandista, parecía mucho menos probable que la casa vacía estuviera encantada.

Una vez hubieron medido el desván, tuvieron que conseguir un lápiz y efectuar una suma. Al principio los dos obtuvieron resultados distintos y, cuando por fin coincidieron sus sumas, no es muy seguro de que los cálculos fueran correctos, ya que tenían mucha prisa por iniciar la exploración.

—No debemos hacer el menor ruido —dijo Polly mientras volvían a trepar por detrás del depósito.

Debido a la importancia de la ocasión, tomaron una vela cada uno, pues Polly tenía una buena provisión de ellas en su cueva.

El lugar estaba muy oscuro, polvoriento y surcado por numerosas corrientes de aire. Avanzaron de viga en viga sin decir una palabra excepto cuando se susurraron el uno el otro: «Ahora estamos frente a “tu” desván», o «Sin duda hemos recorrido ya la mitad de “nuestra” casa». Por suerte,

ninguno tropezó ni se apagaron las velas, y por fin llegaron a un lugar donde se distinguía una puertecita en la pared de ladrillos de su derecha. Desde luego no había ni cerrojo ni picaporte en aquel lado, pues la puerta había sido construida para entrar en el túnel, no para salir; pero había un pestillo —como los que suele haber en la parte interior de las puertas de las alacenas— que estaban convencidos de poder abrir.

—¿Lo hago? —preguntó Digory.

—Si tú te atreves, yo también —contestó Polly, tal como había dicho antes.

Los dos se daban cuenta de que aquello iba cada vez más en serio, pero ninguno estaba dispuesto a retroceder. Digory descorrió el pestillo con cierta dificultad. La puerta se abrió de par en par y la repentina luz del día los hizo parpadear. Entonces, con un gran sobresalto, descubrieron que contemplaban, no un desván desierto, sino una habitación amueblada. Aunque era muy espaciosa, y en ella reinaba un silencio sepulcral. A Polly la pudo la curiosidad y, apagando de un soplo su vela, entró en la extraña estancia, tan sigilosa como un ratón.

Desde luego, la habitación tenía la forma de un desván, pero estaba amueblada como una sala de estar. Todas las paredes aparecían cubiertas de arriba abajo de estanterías y todas las estanterías estaban repletas de libros. Ardía un buen fuego en la chimenea —no hay que olvidar que aquel año el verano fue muy frío y lluvioso— y frente al hogar, de espaldas a ellos, había un sillón de respaldo alto. Entre el sillón y Polly, y ocupando casi toda la parte central de la habitación, había una mesa enorme llena de toda clase de cosas: libros, cuadernos en blanco, frascos de tinta, plumas, lacre y un microscopio. Sin embargo, en lo que la niña se fijó primero fue en una bandeja de madera de un rojo brillante que contenía unos anillos. Estaban dispuestos de dos en dos, uno amarillo y uno verde, después un espacio, y luego otro amarillo junto a otro verde. No eran mayores

que cualquier anillo corriente, pero resplandecían de tal modo que era imposible no verlos. Eran los objetos más hermosos y brillantes que uno pueda imaginar, y si Polly hubiera sido algo más pequeña sin duda habría corrido a meterse uno en la boca.

La habitación estaba tan silenciosa que advirtieron inmediatamente el tictac del reloj. Y no obstante, tal como descubrió entonces Polly, tampoco permanecía en un silencio absoluto. Se oía un débil —un muy, muy débil— zumbido, y si las aspiradoras ya se hubieran inventado por aquel entonces, Polly habría pensado que se trataba del sonido de uno de éstos aspirando a mucha distancia, varias habitaciones más allá y unos cuantos pisos más abajo. No obstante era un sonido más agradable, mucho más musical, aunque tan débil que apenas se oía.

—Todo va bien... aquí no hay nadie —dijo Polly a su compañero, volviendo la cabeza por encima del hombro.

Su voz sonó poco más alta que un susurro, y tras ella salió Digory, parpadeando y con un aspecto sumamente sucio, igual que el de Polly.

—Esto no vale —declaró—. ¡La casa no está vacía! Será mejor que pongamos pies en polvorosa antes de que venga alguien.

—¿Qué crees que son? —inquirió Polly, señalando los anillos de colores.

—Está bien, vamos —dijo Digory—. Cuanto antes...

No llegó a terminar lo que iba a decir pues en aquel momento sucedió algo. El sillón de respaldo alto colocado ante el fuego se movió de repente y de él se alzó —igual que un demonio de pantomima saliendo por una trampilla — la alarmante figura del tío Andrew. No se encontraban en la casa desierta; ¡estaban en casa de Digory y en el estudio prohibido! Los dos niños lanzaron un «¡Ooooh!» y comprendieron su terrible error, también se dieron cuenta de que deberían haber sabido desde el principio que no habían andado lo suficiente.

El tío Andrew era alto y muy delgado. Tenía un rostro lampiño con una nariz puntiaguda y ojos sumamente brillantes, y una enmarañada mata de pelo de color gris.

Digory se quedó sin habla, pues su tío le parecía mil veces más inquietante de lo que antes había creído. Polly no se sentía tan asustada aún; pero no tardó en estarlo, pues lo primero que hizo el anciano fue cruzar la habitación en dirección a la puerta, cerrarla, y girar la llave en la cerradura; luego se dio la vuelta, clavó los brillantes ojos en los niños y sonrió, mostrando todos los dientes.

—¡Ya está! —dijo—. ¡Ahora la tonta de mi hermana no podrá encontraros!

Era algo espantosamente distinto de lo que se esperaba que hiciera cualquier adulto. A Polly le dio un vuelco el corazón, y ella y Digory empezaron a retroceder en dirección a la portezuela por la que habían entrado. El tío Andrew fue demasiado rápido para ellos. Pasó por detrás de ambos, cerró la puerta y se quedó de pie frente a ella. Hecho eso, se frotó las manos e hizo chasquear los nudillos. Tenía unos dedos muy largos y blancos.

—Estoy encantado de veros —dijo—. Dos niños son exactamente lo que necesitaba.

—Por favor, señor Ketterley —suplicó Polly—, es casi la hora de cenar y tengo que ir a casa. Déjenos salir, por favor.

—Todavía no —respondió el tío Andrew—. Ésta es una oportunidad demasiado buena para dejarla escapar. Quería dos niños. Veréis, estoy en mitad de un gran experimento. Lo he probado con un conejillo de Indias y pareció funcionar, aunque, claro está, un conejillo de Indias no puede contarte nada. Y uno no puede explicarle cómo regresar.

—Mira, tío Andrew —intervino Digory—, realmente es hora de cenar y nos estarán buscando dentro de un instante. Tienes que dejarnos salir.

—¿Ah, sí? —preguntó el tío Andrew.

Digory y Polly intercambiaron una mirada. No se atrevieron a decir nada, pero sus miradas significaban: «Esto es

horrible» y «Tenemos que seguirle la corriente».

—Si deja que nos marchemos a cenar ahora —dijo Polly—, podríamos regresar dentro de un rato.

—Ya, pero ¿cómo sé que vais a volver? —inquirió el tío Andrew con una astuta sonrisa, y a continuación pareció cambiar de idea—. Bueno, bueno, si realmente tenéis que marcharos, supongo que debéis hacerlo. No puedo esperar que dos jovencitos como vosotros encuentren muy divertido conversar con un vejestorio como yo. —Suspiró y siguió diciendo—: No tenéis ni idea de lo solo que me siento a veces. Pero no importa. Id a cenar. Aunque debo daros un regalo antes de que os marchéis. No todos los días entra una jovencita en mi deprimente y destartalado estudio; en especial, si se me permite decirlo, una joven dama tan atractiva como tú.

Polly empezó a pensar que, después de todo, el anciano no estaba tan loco.

—¿Te gustan los anillos, bonita? ¿Quieres uno? —preguntó el tío Andrew a Polly.

—¿Se refiere usted a uno de esos amarillos y verdes? —preguntó ella—. ¡Son preciosos!

—Los verdes no —advirtió el tío Andrew—, me temo que no puedo regalar los de color verde. Sin embargo me encantaría darte uno de los amarillos: con todo mi cariño. Ven y pruébate uno.

Polly ya casi había superado su miedo y estaba segura de que el anciano caballero no estaba loco; y desde luego existía algo extrañamente atractivo en aquellos brillantes anillos. Se acercó a la bandeja.

—¡Vaya! —dijo—. Aquí se oye más el zumbido. Es casi como si lo produjeran los anillos.

—Qué idea tan ridícula, chiquilla —respondió el tío Andrew con una carcajada.

Sonó como una carcajada muy natural, pero Digory había visto una expresión ansiosa, casi codiciosa en su rostro.

—¡Polly! ¡No seas tonta! —gritó—. ¡No los toques!

Demasiado tarde. Exactamente mientras lo decía, la mano de la niña fue a tocar uno de los anillos, y al instante, sin un centelleo ni un ruido ni la menor advertencia, Polly desapareció. Digory y su tío estaban solos en la habitación.

Capítulo 2

Digory y su tío

Fue tan repentino y tan terriblemente distinto de todo lo que le había sucedido a Digory en su vida, incluso en sus pesadillas, que éste gritó. Al instante, la mano del tío Andrew cayó sobre su boca.

—¡Nada de eso! —le susurró al oído—. Si empiezas a hacer ruido tu madre lo oirá, y ya sabes lo que puede afectarle un susto.

Tal como dijo Digory más tarde, la horrible mezquindad de intimidar a una persona de «aquél» modo casi le provocó náuseas, aunque, desde luego, no volvió a gritar.

—Eso está mejor —dijo el tío Andrew—. Supongo que no has podido evitarlo. Realmente uno siente un sobresalto terrible la primera vez que ve desaparecer a alguien. Si incluso yo me llevé un buen susto cuando le sucedió lo mismo al conejillo de Indias la otra noche.

—¿Fue esa la noche que lanzaste un alarido? —preguntó Digory.

—Vaya, entonces lo oíste, ¿no es así? Espero que no me hayas estado espiando.

—No, no lo he hecho —respondió su sobrino, indignado—; pero ¿qué le ha sucedido a Polly?

—Felicítame, querido muchacho —indicó su tío, frotándose las manos—. Mi experimento ha tenido éxito. La niña se ha ido, se ha esfumado, de este mundo.